

Benito Pérez Galdós

Cádiz

Episodios Nacionales, 8
Primera serie



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Tercera edición: 2016
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Escuela inglesa (s. XIX): *Portrait of a Young Gentleman* (detalle).
Colección particular.
© ACI/Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-480-2
Depósito legal: M. 25.868-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
14	Dos
23	Tres
34	Cuatro
41	Cinco
54	Seis
59	Siete
68	Ocho
77	Nueve
81	Diez
91	Once
103	Doce
113	Trece
121	Catorce
127	Quince
137	Dieciséis
148	Diecisiete
155	Dieciocho
161	Diecinueve
169	Veinte
176	Veintiuno
181	Veintidós
190	Veintitrés
194	Veinticuatro

207	Veinticinco
213	Veintiséis
218	Veintisiete
223	Veintiocho
231	Veintinueve
237	Treinta
250	Treinta y uno
257	Treinta y dos
266	Treinta y tres
271	Treinta y cuatro
276	Treinta y cinco

Uno

En una mañana del mes de febrero de 1810 tuve que salir de la Isla, donde estaba de guarnición, para ir a Cádiz, obedeciendo a un aviso tan discreto como breve que cierta dama tuvo la bondad de enviarme. El día era hermoso, claro y alegre, cual de Andalucía. Recorrí con otros compañeros, que hacia el mismo punto, si no con igual objeto, caminaban, el largo istmo que sirve para que el continente no tenga la desdicha de estar separado de Cádiz; examinamos al paso las obras admirables de Torregorda, la Cortadura y Puntales; charlamos con los frailes y personas graves que trabajaban en las fortificaciones; disputamos sobre si se veían claramente o no las posiciones de los franceses al otro lado de la bahía; echamos unas cañas en el figón de *Poenco*, junto a la Puerta de Tierra, y, finalmente, nos separamos en la plaza de San Juan de Dios para marchar cada cual

a su destino. Repito que era en febrero, y aunque no puedo precisar el día, sí afirmo que corrían los principios de dicho mes, pues aún estaba calentita la famosa respuesta: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al señor don Fernando VII, 6 de febrero de 1810».

Cuando llegué a la calle de la Verónica y a la casa de doña Flora, ésta me dijo:

–¡Cuán impaciente está la señora condesa, caballero, y cómo se conoce que se ha distraído usted mirando a las majas que van a alborotar a casa del señor Poenco, en Puerta de Tierra!

–Señora –le respondí–, juro a usted que fuera de Pepa Hígados, *la Churriana*, y María de las Nieves, la de Sevilla, no había moza alguna en casa de Poenco. También pongo a Dios por testigo de que no nos detuvimos más que una hora, y esto porque no nos llamaran descortes y malos caballeros.

–Me gusta la frescura con que lo dice –exclamó con enfado doña Flora–. Caballero, la condesa y yo estamos muy incomodadas con usted, sí, señor. Desde el mes pasado, en que mi amiga acertó a recoger en el Puerto esta oveja descarriada, no ha venido usted a visitarnos más que dos o tres veces, prefiriendo, en sus horas de esparcimiento, la compañía de soldados y mozas alegres al trato de personas graves y delicadas que tan necesario es a un jovencuelo sin experiencia. ¡Qué sería de ti –añadió, resplandecida de improviso y en tono de confianza–, tierna criatura, lanzada en edad tan temprana a los torbellinos del mundo, si nosotras, compadecidas de tu orfandad, no te agasajáramos y cuidáramos, fortaleciéndote a la vez el cuerpecito con sanos y gustosos platos, el alma, con sabios consejos! ¡Desgraciado niño!...

Vaya, se acabaron los regaños, picarillo. Estás perdonado: desde hoy se acabó el mirar a esas desvergonzadas muchachuelas que van a casa de Poenco. Comprende, hijo mío, todo lo que vale un trato honesto, circunspecto, con personas de peso y suposición... Vamos, dime lo que quieres almorzar. ¿Te quedarás aquí hasta mañana? ¿Tienes alguna herida, contusión o rasguño, para curártelo en seguida? Si quieres dormir, ya sabes que junto a mi cuarto hay una alcobita muy linda.

Diciendo esto, doña Flora desarrollaba ante mis ojos, en toda su magnificencia y extensión, el panorama de gestos, guiños, saladas muecas, graciosos mohínes, arqueos de cejas, repulgos de labios y demás signos del lenguaje mudo que en su arrebolado y con cien menjurjes recompuesto rostro servía para dar mayor fuerza a la palabra. Luego que le di mis excusas, dichas mitad en serio, mitad en broma, comenzó a dictar órdenes severas para la obra de mi almuerzo, atronando la casa, y a este punto salió, conteniendo la risa, la señora condesa, que había oído la anterior retahíla.

—Tiene razón —me dijo, después que nos saludamos—: el señor don Gabriel es un chiquilicuatro sin fundamento, y mi amiga haría muy bien en ponerle una calza al pie. ¿Qué es eso de mirar a las chicas bonitas? ¿Hase visto mayor desvergüenza? ¡Un barbilindo que debiera estar en la escuela, o cosido a las faldas de alguna persona sentada y de libras, que fuera un almacén de buenos consejos!... ¿Cómo se entiende? Doña Flora, siéntele usted la mano; dirija su corazón por el camino de los sentimientos... circunspectos y graves, e infúndale el respeto que todo caballero debe tener a los venerandos monumentos de la antigüedad.

Mientras esto decía, doña Flora había traído luengas piezas de damasco amarillo y rojo, y ayudada de su doncella,

empezó a cortar unas como dalmáticas o jubones a la antigua, que luego ribeteaban con galón de plata. Como era tan presumida y extravagante en su atavío, creí que doña Flora preparaba para su propio cuerpo aquellas vestimentas; pero luego conocí, viendo su gran número, que eran prendas de comparsa de teatro, cabalgata o cosa de este jaez.

—¡Qué holgazana está usted, señora condesa! —dijo doña Flora—. ¿Y cómo teniendo tan buena mano para la aguja no me ayuda a hilvanar estos uniformes para la *Cruzada del Obispado de Cádiz*, que va a ser el terror de la Francia y del rey José?

—Yo no trabajo en mojjigangas, amiguita —repuso mi antigua ama—, y de picarme las manos con la aguja, prefiero ocuparme, como me ocupó, en la ropa de esos pobrecitos soldados que han venido con Alburquerque de Extremadura, tan destrozados y astrosos, que da lástima verlos. Éstos y otros como éstos, amiga doña Flora, echarán a los franceses, si es que los echan, que no los monigotes de la *Cruzada*, con su don Pedro del Congosto a la cabeza, el más loco entre todos los locos de esta tierra, con perdón sea dicho de la que es su tiernísima Filis.

—Niñita mía, no diga usted tales cosas delante de este joven sin experiencia —indicó con mal disimulada satisfacción doña Flora—, pues podría creer que el ilustre jefe de la *Cruzada*, para quien doy estos puntos y comas, ha tenido conmigo más relaciones que las de una afición purísima y jamás manchadas con nada de aquello que Don Quijote llamaba *incitativo melindre*. Conociome el señor don Pedro en Vejer, en casa de mi primo don Alonso, y desde entonces se prendó de mí de tal modo, que no ha vuelto a encontrar en toda la Andalucía mujer que le interesara. Ha sido desde entonces acá su devoción para mí cada vez más fina, espiritada y sublime, en tales términos, que jamás me lo ha mani-

festado sino en palabras respetuosísimas, temiendo ofenderme, y en los años que nos conocemos ni una sola vez me ha tocado las puntas de los dedos. Mucho ha picoteado por ahí la gente, suponiéndonos inclinados a contraer matrimonio; pero, sobre que yo he aborrecido siempre todo lo que sea obra de varón, el señor don Pedro se pone encendido como la grana cuando tal le dicen, porque ve en esas habladurías una ofensa directa a su pudor y al mío.

—No es tampoco don Pedro —dijo Amaranta riendo—, con sus sesenta años a la espalda, hombre a propósito para una mujer fresca y lozana como usted, amiga mía. Y ya que de esto se trata, aunque le parezcan irrespetuosas y tal vez impúdicas mis palabras, usted debiera apresurarse a tomar estado para no dejar que se extinga tan buena casta como es la de los Gutiérrez de Cisniega; y, de hacerlo, debe buscar varón a propósito, no por cierto un jamelgo empedernido y seco como don Pedro, sino un cachorro tiernecito que alegre la casa; un joven, pongo por caso, como este Gabriel, que nos está oyendo, el cual se daría por muy bien servido si lograra llevar a sus hombros carga tan dulce como usted.

Yo, que almorzaba durante este gracioso diálogo, no pude menos de manifestarme conforme en todo y por todo con las indicaciones de Amaranta, y doña Flora, sirviéndome con singular finura y amabilidad, habló así:

—¡Jesús, amiga mía, qué malas cosas enseña usted a este pobrecito niño, que tiene la suerte de no saber todavía más que la táctica de cuatro en fondo! ¿A qué viene el levantarle los cascos con...? Gabriel, no hagas caso. Cuidado con que te desmandes, y mal instruido por esta pícara condesa, vayas ahora a deshacerte en requiebros y desbaratarte en suspiros y fundirte en lágrimas. Los niños a la escuela. ¡Qué cosas tiene esta Amaranta! Criatura, ¿acaso el muchacho es

de bronce?... Su suerte consiste en que da con personas de tan buena pasta como yo, que sé comprender los desvaríos propios de la juventud, y estoy prevenida contra los vehementes arrebatos lo mismo que contra los lazos del enemigo. Calma y sosiego, Gabriel, y esperar con paciencia la suerte que Dios destina a las criaturas. Esperar, sí; pero sin fogosidades, sin exaltaciones, sin locuras juveniles, pues nada sienta tan bien a un joven delicado y caballeroso como la circunspección. Y, si no, aprende de este señor don Pedro del Congosto, aprende de él; mírate en el espejo de su respetuosidad, de su severidad, de su aplomo, de su imparable y jamás turbado platonismo; observa cómo enfrena sus pasiones; cómo enfría el ardor de sus pensamientos con la estudiada urbanidad de las palabras; cómo reconcentra en la idea su afición y pone freno a las manos, mordaza a la lengua y cadenas al corazón, que quiere saltársele del pecho.

Amaranta y yo hacíamos esfuerzos por contener la risa. De pronto oyose ruido de pasos, y la doncella entró a anunciar la visita de un caballero.

—Es el inglés —dijo Amaranta—. Corra usted a recibirle.

—Al instante, al instante voy, amiga mía. Veremos si puedo averiguar algo de lo que usted desea.

Nos quedamos solos la condesa y yo por largo rato, pudiendo, sin testigos, hablar tranquilamente lo que verá el lector a continuación, si tiene paciencia.

Dos

—Gabriel —me dijo—, te he llamado para decirte que ayer, en una embarcación pequeña, venida de Cartagena, ha llegado a Cádiz el sin par don Diego, conde de Rumblar, hijo de

nuestra parienta la monumental y grandiosa señora doña María.

–Ya sospechaba –respondí– que ese perdido recalaría por aquí. ¿No trae en su compañía a un majo de las Vistillas o cortesano de la tertulia del señor *Mano de Mortero*?

–No sé si viene solo o trae corte. Lo que sé es que su mamá ha recibido mucho gusto con la inesperada aparición del niño, y que mi tía, ya sea por mortificarme, ya porque realmente haya encontrado variación en el joven, ha dicho ayer, delante de toda la familia: «Si el señor conde se porta bien y es hombre formal, obtendrá nuestros parabienes y se hará acreedor a la más dulce recompensa que pueden ofrecerle dos familias deseosas de formar una sola».

–Señora condesa, yo a ser usted, me reiría de don Diego y de las mortificaciones de cuantas marquesas impertinentes peinan canas y guardan pergaminos en el mundo.

–¡Ah Gabriel! Eso puede decirse; pero ¡si tú comprendieras bien lo que me pasa! –exclamó con pena–. ¿Crearás que se han empeñado en que mi hija no me tenga amor ni cariño alguno? Para conseguirlo han principiado por apartarla continuamente de mí. Desde hace algunos días han resuelto terminantemente que no venga a las tertulias de esta casa, y tampoco me reciben a mí en la suya. De este modo, mi hija concluirá por no amarme. La infeliz no tiene culpa de esto: ignora que soy su madre, me ve poco, las oye a ellas con más frecuencia que a mí... ¡Sabe Dios lo que le dirán para que me aborrezca! Di si no es esto peor que cuantos castigos pueden padecerse en el mundo; di si no tengo razón para estar muerta de celos, sí, y los peores, los más dolorosos y desesperantes que pueden desgarrar el corazón de una mujer. Al ver que personas egoístas quieren arrebatarme lo que es mío y privarme del único consuelo de mi vida,

me siento tan rabiosa, que sería capaz de acciones indignas de mi categoría y de mi nombre.

—No me parece la situación de usted —le dije— ni tan triste ni tan desesperada como la ha pintado. Usted puede reclamar a su hija, llevándosela para siempre consigo.

—Eso es difícil, muy difícil. ¿No ves que aparentemente, según la ley, carezco de derechos para reclamarla y traerla a mi lado? Me han jurado una guerra a muerte. Han hecho lo imposibles para desterrarme, no vacilando hasta en denunciarme como afrancesada. Hace poco, como sabes, proyectaron marcharse a Portugal sin darme noticia de ello, y si lo impedí, presentándome aquella noche en tu compañía, me fue preciso amenazar con un gran escándalo para obligarlas a que se detuvieran. La de Rumblar me cobró un aborrecimiento profundo desde que supo mi oposición a que Inés se desposase con el tunantuelo de su hijo. Mi tía, con su idea del decoro de la casa y de la honra de la familia, me mortifica más que la otra con su enojo, que tiene por móvil una desmedida avaricia. Si me encontrara en Madrid, donde mis muchas relaciones me ofrecen abundantes recursos para todo, tal vez vencería estos y otros mayores obstáculos; pero nos hallamos en Cádiz, en una plaza que casi está rigurosamente sitiada, donde tengo pocos amigos, mientras que mi tía y la de Rumblar, por su exagerado españolismo, cuentan con el favor de todas las personas de poder. Suponte que me obliguen a embarcarme, que me destierren, que durante mi forzada ausencia engañen a la pobre niña y la casen contra su voluntad; figúrate que esto suceda, y...

—¡Oh señora! —exclamé con vehemencia—, eso no sucederá mientras usted y yo vivamos para impedirlo. Hablemos a Inés, revelémosle lo que ya debiera saber...

—Díselo tú, si te atreves...

—¿Pues no he de atreverme?...

—Debo advertirte otra cosa que ignoras, Gabriel; una cosa que tal vez te cause tristeza, pero que debes saber... ¿Tú crees conservar sobre ella el ascendiente que tuviste hace algún tiempo y que conservaste aun después de haber mudado tan bruscamente de fortuna?

—Señora —repuse—, no puedo concebir que haya perdido ese ascendiente. Perdóneseme la vanidad.

—¡Desgraciado muchacho! —me dijo en tono de dulce compasión—. La vida consiste en mil mudanzas dolorosas, y el que confía en la perpetuidad de los sentimientos que le halagan es como el iluso que, viendo las nubes en el horizonte, las cree montañas, hasta que un rayo de luz las desfigura o un soplo de viento las desbarata. Hace dos años mi hija y tú erais dos niños desvalidos y abandonados. El apartamiento en que vivíais y la común desgracia, aumentando la natural inclinación, hicieron que os amarais. Después todo cambió. ¿Para qué repetir lo que sabes tan bien? Inés, en su nueva posición, no quiso olvidar al fiel compañero de su infortunio. ¡Hermoso sentimiento que nadie más que yo supo apreciar en su valor! Aprovechándome de él, casi llegué hasta tolerarlo y autorizarlo, impulsada por el despecho y por mortificar a mi orgullosa parienta; pero yo sabía que aquella corazonada infantil concluiría con el tiempo y la distancia, como en efecto ha concluido.

Oí con estupor las palabras de la condesa, que iban esparciendo densas oscuridades delante de mi ojos. Pero la razón me indicaba que no debía dar entero crédito a las palabras de mujer tan experta en ingeniosos engaños; y esperé, aparentando conformarme con su opinión y mi desaire.

—¿Te acuerdas de la noche en que nos presentamos aquí viniendo del Puerto de Santa María? En esta misma sala

nos recibió doña Flora. Llamamos a Inés, te vio, le hablaste. La pobrecita estaba tan turbada que no acertó a contestar derechamente a lo que le dijiste. Indudablemente, te conserva un noble y fraternal afecto, pero nada más. ¿No lo comprendiste, Gabriel? ¿No se ofreció a tus ojos o a tus oídos algún dato para conocer que Inés ya no te ama?

—Señora —respondí con perplejidad—, aquel instante fue tan breve, y usted me suplicó con tanta precipitación que saliese de la casa, que nada observé que me disgustara.

—Pues sí, puedes creerlo. Yo sé que Inés no te ama ya —afirmó con una entereza tal, que se me hizo aborrecible en un momento mi hermosa interlocutora.

—¿Lo sabe usted?

—Yo lo sé.

—Tal vez se equivoque.

—No; Inés no te quiere.

—¿Por qué? —pregunté bruscamente y con desabrimiento.

—Porque ama a otro —me respondió con calma.

—¡A otro! —exclamé tan asombrado, que por largo rato no me di cuenta de lo que sentía—. ¡A otro! No puede ser, señora condesa. ¿Y quién es ese otro? Sepámoslo.

Diciendo esto, en mi interior se retorcían dolorosamente unas como culebras, que me estrujaban el corazón, mordiéndolo y apretándolo con estrechos nudos. Yo quería apacientar serenidad; pero mis palabras balbucientes y cierta invencible sofocación de mi aliento descubrían la flaqueza de mi espíritu, caído desde la cumbre de su mayor orgullo.

—¿Quieres saberlo? Pues te lo diré. Es un inglés.

—¿Ése? —pregunté con sobresalto, señalando hacia la sala, donde resonaba lejanamente el eco de las voces de doña Flora y de su visitante.

—¡Ese mismo!

–¡Señora, no puede ser! Usted se equivoca –dije, sin poder contener la fogosa cólera que, desarrollándose en mí como súbito incendio, no admitía razón que la refrenara ni urbanidad que la reprimiera–. Usted se burla de mí; usted me humilla y me pisotea como siempre lo ha hecho.

–¡Qué furioso te has puesto! –exclamó sonriendo–. Cálmate y no seas loco.

–Perdóneme usted si la he ofendido con mi brusca respuesta –dije, reponiéndome–; pero yo no puedo creer eso que he oído. Todo cuanto hay en mí que hable y palpite con señales de vida, protesta contra tal idea. Si ella me lo dice, lo creeré; de otro modo, no. Soy un ciego estúpido tal vez, señora mía; pero yo detesto la luz que pueda hacerme ver la soledad espantosa que usted quiere ponerme delante. Y aún no me ha dicho usted quién es ese inglés ni en qué se funda para pensar...

–Ese inglés vino aquí hace seis meses acompañando a otro que se llama lord Byron, el cual partió para Levante al poco tiempo. Éste que aquí está se llama lord Gray. ¿Quieres saber en qué me fundo para pensar que Inés le ama? Hay mil indicios que ni engañan ni pueden engañar a una mujer experimentada como yo. ¿Y eso te asombra? Eres un mozo sin experiencia, y crees que el mundo se ha hecho para tu regalo y satisfacción. Es todo lo contrario, niño. ¿En qué te fundabas para esperar que Inés estuviera queriéndote toda la vida, luchando con la ausencia, que en esta edad es lo mismo que el olvido? ¡Pues no pedías poco en verdad! ¿Sabes que eres modestito? Que pasarán años y más años, y ella siempre queriéndote... Vamos, pide por esa boca. Es preciso que te acostumbres a creer que hay, además de ti, otros hombres en el mundo, y que las muchachas tienen ojos para ver y oídos para escuchar.

Con estas palabras, que encerraban profunda verdad, la condesa me estaba matando. Parecíame que mi alma era una hermosa tela, y que ella, con sus finas tijeras, la cortaba en pedacitos para arrojarla al viento.

—Pues sí. Ha pasado mucho tiempo —continuó—. Ese inglés se apareció en Cádiz; nos visitó. Visita hoy con mucha frecuencia la otra casa, y en ella es amado... Esto te parece increíble, absurdo. Pues es la cosa más sencilla del mundo. También creerás que el inglés es un hombre antipático, desaborido, brusco, colorado, tieso y borracho como algunos que viste y trataste en la plaza de San Juan de Dios cuando eras niño. No: lord Gray es un hombre finísimo, de hermosa presencia y vasta instrucción. Pertenece a una de las mejores familias de Inglaterra, y es más rico que un perulero... Ya... ¡Tú creíste que estas y otras eminentes cualidades nadie las poseía más que el señor don Gabriel de Tres-al-Cuarto! Lucido estás... Pues oye otra cosa. Lord Gray cautiva a las mujeres con su amena conversación. Figúrate que, con ser tan joven, ha tenido ya tiempo para viajar por toda el Asia y parte de América. Sus conocimientos son inmensos; las noticias que da de los muchos y diversos pueblos que ha visto, curiosísimas. Es hombre, además, de extraordinario valor; hase visto en mil peligros, luchando con la Naturaleza y con los hombres, y cuando los relata con tanta elocuencia como modestia, procurando rebajar su propio mérito y disimular su arrojo, los que le oyen no pueden contener el llanto. Tiene un gran libro lleno de dibujos, representando paisajes, ruinas, trajes, tipos, edificios, que ha pintado en esas lejanas tierras; y en varias hojas ha escrito en verso y prosa mil hermosos pensamientos, observaciones y descripciones llenas de grandiosa y elocuente poesía. ¿Comprendes que pueda y sepa hacerse amar? Llega a la tertulia:

las muchachas le rodean; él les cuenta sus viajes con tanta verdad y animación, que vemos las grandes montañas, los inmensos ríos, los árboles enormes del Asia, los bosques llenos de peligros; vemos al intrépido europeo defendiéndose del león que le asalta, del tigre que le acecha; nos describe luego las tempestades del mar de la China, con aquellos vientos que arrastran como pluma la embarcación, y le vemos salvándose de la muerte por un esfuerzo de su naturaleza ágil y poderosa; nos describe los desiertos de Egipto, con sus noches claras como el día, con las pirámides, los templos derribados, el Nilo y los pobres árabes, que arrastran miserable vida en aquellas soledades; nos pinta luego los lugares santos de Jerusalén y Belén, el sepulcro del Señor, hablándonos de los millares de peregrinos que le visitan, de los buenos frailes que dan hospitalidad al europeo: nos dice cómo son los olivares a cuya sombra oraba el Señor cuando fue Judas con los soldados a prenderle, y nos refiere, punto por punto, cómo es el monte Calvario y el sitio donde levantaron la santa Cruz. Después nos habla de la incomparable Venecia, ciudad fabricada dentro del mar, de tal modo, que las calles son de agua y los coches unas lanchitas que llaman góndolas, y allí se pasean de noche los amantes solos en aquella serena laguna, sin ruido y sin testigos. También ha visitado la América, donde hay unos salvajes muy mansos que agasajan a los viajeros, y donde los ríos, grandísimos, como todo lo de aquel país, se precipitan desde lo alto de una roca, formando lo que llaman cataratas, es decir, un salto de agua como si medio mar se arrojase sobre el otro medio, formando mundos de espuma y un ruido que se oye a muchísimas leguas de distancia. Todo lo relata, todo lo pinta con tan vivos colores, que parece que lo estamos viendo. Cuenta sus acciones heroicas sin fanfarro-

nerías, y jamás ha mortificado el orgullo de los hombres, que le oyen con tanta atención, si no con tanta complacencia, como las mujeres. Ahora bien, Gabriel, desgraciado joven, ¿por lo que digo comprendes que ese inglés tiene atractivos suficientes para cautivar a una muchacha de tanta sensibilidad como imaginación, que instintivamente vuelve los ojos hacia todo lo que se distingue del vulgo enfatuado? Además, lord Gray es riquísimo, y aunque las riquezas no bastan a suplir en los hombres la falta de ciertas cualidades, cuando éstas se poseen, las riquezas las avaloran, y las realzan. Lord Gray viste elegantemente; gasta con profusión en su persona y en obsequiar dignamente a sus amigos, y su esplendidez no es el derroche del joven calavera y voluntarioso, sino la gala y generosidad del rico de alta cuna, que emplea sabiamente su dinero en alegrar la existencia de cuantos le rodean. Es galante sin afectación, y más bien serio que jovial. ¡Ay, pobrecito! ¿Lo comprendes ahora? ¿Llegarás a entender que hay en el mundo alguien que puede ponerse en parangón con el señor don Gabriel de Tres-al-Cuarto? Reflexiona bien, hijo; reflexiona bien quién eres tú. Un buen muchacho, y nada más. Excelente corazón, despejo natural, y aquí paz y después gloria. En punto a posición, oficialito del ejército..., bien ganado, eso sí; pero ¿qué vale eso? Figura..., no mala; conversación, tolerable; nacimiento, humildísimo, aunque bien pudieras figurarlo como de los más alcorniados y coruscantes. Valor, no lo negaré; al contrario, creo que lo tienes en alto grado, pero sin brillo ni lucimiento. Literatura, escasa...; cortesía, buena... Pero, hijo, a pesar de tus méritos, que son muchos, dada tu pobreza y humildad, ¿insistirás en hacerte indestronable, como se lo creyó el buen don Carlos IV, que heredó la corona de su padre? No, Gabriel: ten calma y resígnate.

El efecto que me causó la relación de mi antigua ama fue terrible. Figúrense ustedes cómo me habría quedado yo si Amaranta hubiera cogido el pico de Mulhacén, es decir, el monte más alto de España..., y me lo hubiese echado encima.

Pues lo mismo, señores, lo mismo me quedé.

Tres

¿Qué podía yo decir? Nada. ¿Qué debía hacer? Callarme y sufrir. Pero el hombre aplastado por cualquiera de las diversas montañas que le caen encima en el mundo, aun cuando conozca que hay justicia y lógica en su situación, rara vez se conforma, y elevando las manecitas pugna por quitarse de encima la colosal peña. No sé si fue un sentimiento de noble dignidad o, por el contrario, un vano y pueril orgullo lo que me impulsó a contestar con entereza, afectando, no sólo conformidad, sino indiferencia ante el golpe recibido.

—Señora condesa —dije—, comprendo mi inferioridad. Hace tiempo que pensaba en esto, y nada me asombra. Realmente, señora, era un atrevimiento que un pobretón como yo, que jamás he estado en la India, ni he visto otras cataratas que las del Tajo en Aranjuez, tenga pretensiones nada menos que de ser amado por una mujer de posición. Los que no somos nobles ni ricos, ¿qué hemos de hacer más que ofrecer nuestro corazón a las fregatrices y damas del estropajo, no siempre con la seguridad de que se dignen aceptarlo? Por eso nos llenamos de resignación, señora; y cuando recibimos golpes como el que usted se ha servido darme, nos encogemos de hombros y decimos: «Paciencia». Luego seguimos viviendo, y comemos y dormimos tan tranquilos... Es una tontería morirse por quien tan pronto nos olvida.

–Estás hecho un basilisco –me dijo la condesa en tono de burla–, y quieres aparecer tranquilo. Si despides fuego...; toma mi abanico y refréscate con él.

Antes que yo lo tomara, la condesa me dio aire con su abanico precipitadamente. Sin ninguna gana me reía yo, y ella, después de un rato de silencio, me habló así:

–Me falta decirte otra cosa que tal vez te disguste; pero es forzoso tener paciencia. Es que estoy contenta de que mi hija corresponda al amor del inglés.

–Lo creo, señora –respondí, apretando con convulsa fuerza los dientes, ni más ni menos que si entre ellos tuviera toda la Gran Bretaña.

–Sí –prosiguió–; todo suceso que me dé esperanzas de ver a mi hija fuera de la tutela y dirección de la marquesa y la condesa, es para mí lisonjero.

–Pero ese inglés será protestante.

–Sí –repuso–; mas no quiero pensar en eso. Puede que se haga católico. De todos modos, ése es punto grave y delicado. Pero no reparo en nada. Vea yo a mi hija libre; hállese en situación tal que yo pueda verla, hablarle como y cuando se me antoje, y lo demás... ¡Cómo rabiaría doña María si llegara a comprender!... Mucho sigilo, Gabriel; cuento con tu discreción. Si lord Gray fuera católico, no creo que mi tía se opusiera a que se casase Inés con él. ¡Ay!; luego nos marcharíamos los tres a Inglaterra, lejos, lejos de aquí, a un país donde yo no viera parientes de ninguna clase. ¡Qué felicidad! ¡Ay! Quisiera ser papa para permitir que una mujer católica se casase con un hombre hereje.

–Creo que usted verá satisfechos sus deseos.

–¡Oh! Desconfío mucho. El inglés, aparte de su gran mérito, es bastante raro. A nadie ha confiado el secreto de sus amores, y sólo tenemos noticias de él por indicios, primero,

y después, por pruebas irrecusables, resultado de un espionaje largo y minucioso.

–Inés lo habrá revelado a usted.

–No; después de esto, ni una sola vez he conseguido verla. ¡Qué desesperación! Las tres muchachas no salen de casa sino custodiadas por la autoridad de doña María. Aquí, doña Flora y yo hemos trabajado lo que no es decible para que lord Gray se franquease con nosotras y nos lo revelara; pero es tan prudente y callado, que guarda su secreto como un avaro su tesoro. Lo sabemos por las criadas, por la murmuración de algunas, muy pocas, personas de las que van a la casa. No hay duda de que es cierto, hijo mío. Ten resignación y no nos des un disgusto. Cuidado con el suicidio.

–¿Yo? –dije, afectando indiferencia.

–Toma, toma aire, que te incendias por todos lados –me dijo, agitando delante de mí su abanico–. Don Rodrigo en la horca no tiene más orgullo que este general en agraz.

Cuando esto decía, sentí la voz de doña Clara y los pasos de un hombre. Doña Flora dijo:

–Pase usted, milord, que aquí está la condesa.

–Mírale..., verás –me dijo Amaranta con crueldad– y juzgarás por ti mismo si la niña ha tenido mal gusto.

Entró doña Flora seguida del inglés. Tenía éste la más hermosa figura de hombre que he visto en mi vida. Era de alta estatura, con el color blanquísimo, aunque tostado, que abunda en los marinos y viajeros del Norte. El cabello rubio, desordenadamente peinado y suelto, según el gusto de la época, le caía en bucles sobre el cuello. Su edad no parecía exceder de treinta o treinta y tres años. Era grave y triste, pero sin la pesadez acartonada y lentitud de modales que suelen ser comunes en la gente inglesa. Su rostro estaba bronceado, mejor dicho, dorado por el sol, desde la mitad